

El evangelio es del cap. 14 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Non turbetur cor vestrum. Creditis in Deum, et in me credite. In domo Patris mei mansiones multae sunt. Si quod minus, dixissem vobis: Quia vado parare vobis locum. Et si abiero et praepravero vobis locum, iterum venio, et accipiam vos ad meipsum, ut ubi sum ego, et vos sitis. Et quod ego vado, scitis, et viam scitis. Dicit ei Thomas: Domine, nescimus quod vadis; et quomodo possumus viam scire? Dicit ei Jesus: Ego sum via, veritas et vita. Nemo venit ad Patrem nisi per me. Si cognovissetis me, et Patrem meum utique cognovissetis: et amodo cognoscetis eum, et vidistis eum. Dicit ei Philippus: Domine, ostende nobis Patrem, et sufficit nobis. Dicit ei Jesus: Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me? Philippe, qui videt me, videt et Patrem. Quomodo tu dicis, ostende nobis Patrem? Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Verba, quae ego loquor vobis, à me ipso non loquor. Pater autem in me manens, ipse facit opera. Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Alioquin propter opera ipsa credite.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No se turbe vuestro corazon. Creéis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os hubiera dicho: Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomare conmigo, para que en donde estoy yo, esteis vosotros tambien. Y adonde voy lo sabeis, y sabeis el camino. Díjole Tomás: Señor, no sabemos adonde vas: ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesus: Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por mí. Si me hubiérais conocido á mí, hubiérais conocido tambien á mi Padre: y desde ahora le conoceréis, y le habeis visto. Díjole Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Le dijo Jesus: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿no creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo; sino que el Padre que está en mí, él es el que obra.

Amen, amen dico vobis: Qui facio, et ipse faciet, et majora horum faciet; quia ego ad Patrem vado. Et quodecumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam.

¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Sino, creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo: El que cree en mí hará tambien las obras que yo hago, y las hará mayores que estas; porque yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidiéreis al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACION.

DEL CONOCIMIENTO Y AMOR DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera felicidad, la vida eterna, consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demás descubrimientos, todas las demás luces del entendimiento humano, son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas que dan una falsa luz, y que no enseñan mas que aquellos anchurosos caminos que guían á la perdicion. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la mayor felicidad. Pero ¿es muy concurrido este camino? ¿es muy abrazada esta verdad? ¿es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna? ¿Es conocido Jesucristo de aquellas almas carnales que solo viven la vida de los sentidos, y á quienes ciegan las pasiones? ¿Es conocido Jesucristo de aquellos libertinos que le persiguen, de aquellos mundanos que le desprecian, de aquellos cristianos á medias que le desacreditan con su vida, y aun de aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, y que le deshonoran con sus costumbres

poco regulares? ¿Es conocido este soberano Dueño de aquellos mismos que están en su servicio, y que le sirven tan indignamente?

¿Conocemos lo que es, lo que puede y lo que hace? ¿le miramos como á soberano Dueño de todas las cosas, como á único árbitro de nuestra suerte, como á supremo Juez de todos los hombres?

Siendo soberana y esencialmente feliz por sí mismo desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre en tiempo por amor de los hombres, y se entregó á sí mismo á la muerte, y muerte de cruz, para redimirlos. ¿Se conoce bien este grande beneficio? ¿se comprenden estos misterios? Y si nuestra fe produce este conocimiento, ¿qué respeto, qué amor, qué gratitud profesamos á nuestro divino Salvador? ¿Puedo lisonjearme de que mis afectos den testimonio de que le conozco? Y si mi conocimiento es el que debe ser, ¿cómo es posible que honre tan poco, y sirva tan mal á Jesucristo? En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios; en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad; en él tenemos plenamente todas las cosas; él es la cabeza de los principados y de las potestades; él es el que borró la cédula, la sentencia de condenacion que estaba pronunciada contra nosotros; él la anuló clavándola consigo mismo en la cruz. ¿Reconocemos bien todas estas prerogativas, todas estas eminentes cualidades, todos estos dones, todos estos beneficios que debemos á Jesucristo? ¿Pues dónde está nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestra ternura? Para que con la distancia ó con la ausencia no se entibiase nuestra fe, él mismo se nos acercó, y se vino á vivir entre nosotros; y porque nuestros ojos débiles no podrian soportar el resplandor de su majestad, la escondió, la ocultó con el velo de los accidentes del pan en

el adorable sacramento de la Eucaristia. Allí está realmente; pero ¿reflexionamos nosotros que está allí? Consultemos nuestra modestia en el templo, nuestra ansia por visitarle, nuestra frecuencia en hacerle la corte, nuestra hambre por recibirle, nuestra devocion, nuestro respeto en su presencia. ¡Ah, y cuánta verdad es que no conocemos al que está en medio de nosotros! ¡cuánta verdad es que está en el mundo y que el mundo no le conoce; que vino á vivir entre los suyos, y que los suyos no le recibieron! ¡Pero infelices de aquellos que le desconocen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si es la mayor de todas las desdichas no conocer á Jesucristo, no es menos funesta, conociéndole, no amarle.

Los demonios creen todas las verdades de nuestra religion; las creen, y se estremecen. Ellos mismos exclaman: *Tú eres el hijo de Dios*; saben muy bien que es Cristo. Pues ¿de dónde nace su desdicha? De que con una fe tan comprensiva y tan penetrante, y con todo este estéril y especulativo conocimiento, no le aman. ¿Y no habrá algunos cristianos en el mundo, á quienes se les pueda reconvenir con lo mismo?

La ternura hácia Jesucristo debiera ser muy sensible; porque todo solicita, todo pide, todo exige nuestro afecto y nuestro amor. Hermosura sin igual, bondad sin semejante, beneficios sin número y sin precio. Amónos con exceso; y al presente ¿nos ama con menos liberalidad, con menos ternura? Toda la correspondencia que nos pide, es nuestro corazon. Como si le pareciera poco ser nuestro fiador, nuestro redentor y nuestra guia, quiere tambien ser nuestro sustento, y quiere él mismo ser nuestro premio. ¿Qué te parece? ¿Basta lo que ha hecho para atesti-

guarnos su ternura? Pero ¿basta por ventura para que le amemos, basta para movernos, para ganar nuestro corazon, ese corazon que con tanta facilidad, tan pródigamente entregamos por una palabra de cariño que nos digan, por un corto beneficio que nos hagan? ¿Amamos nosotros á Jesucristo?

Todo se hace por agradar, nada se niega, cuando se ama mucho. Pero ¿nos afanamos mucho por agradar á nuestro divino Salvador? Antes bien, ¿qué no hacemos para disgustarle? Profánanse escandalosamente sus sagrados templos; alrévese la impiedad y la irreligion á llegar hasta el pié de los altares; no hay irreverencia que no se cometa aun en su misma presencia. ¿Acaso tiene límites en nuestros tiempos la indevoción y el descaro? ¿Qué caso se hace de la doctrina de Cristo? Se desprecian sus mandamientos, se hace burla de los que le sirven, y falta poco para que se condene la moral del Evangelio. Esos jóvenes disolutos, esas mujeres mundanas, esos hombres de negocios, esos idólatras de los placeres y de las diversiones, esas personas consagradas á Dios, pero tan poco religiosas, ¿todos estos aman mucho á Jesucristo? Y luego nos admiraremos de la calamidad de los años, de las necesidades y miserias públicas, de los muchos males que nos afligen. Pues qué, ¿ignoramos por ventura que todas las criaturas se arman justamente para vengar nuestra ingratitud con un Señor tan benéfico?

Con mucha razon clama san Pablo: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit*: Si alguno es tan insensible que no ame á nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado. ¿Puede haber mayor ingratitud, mayor malicia, mayor impiedad que no amar á Jesucristo?

¡Ah, divino y amable Salvador mio! ¿podré yo lisonjearme de que os conozco? Y si es tanta mi

dicha, que pueda decir con vuestro apóstol: *Tú eres Hijo de Dios vivo*; ¿hallaré acaso en todo mi porte y en toda mi conducta un testimonio práctico de que verdaderamente os amo? Cubierto de confusion, lleno de dolor, pero al mismo tiempo de una grande confianza en vuestra divina gracia, me atrevo á prometeros, ó Salvador mio amabilísimo, que os amaré, y que ya comienzo desde este mismo instante á conoceros y amaros.

JACULATORIAS.

Diligam te, Domine, fortitudo mea, refugium meum, et liberator meus. Salm. 17.

Si, yo os amaré de aqui en adelante, mi Señor, mi fortaleza, mi refugio y mi amable libertador.

Et si oportuerit me simul commori tibi, non te negabo. Marc. 14.

No, mi dulce Jesus, aunque sea menester morir contigo, no te negaré, no dejaré de amarte.

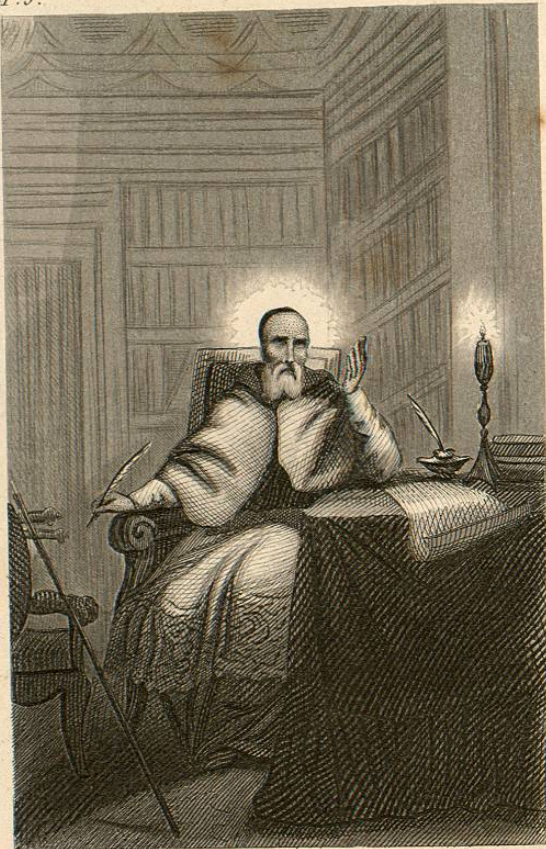
PROPOSITOS.

1. *La vida eterna*, decia el Salvador del mundo á su Padre, *es conocerte á ti por verdadero Dios, y al que enviaste Jesucristo, hijo tuyo*. La mayor desdicha que puede suceder á un hombre, es no conocer á Jesucristo; pero no es menor que esta el conocerle y no amarle. Todos los cristianos tenemos la dicha de conocerle; ninguno hay que no se honre, que no se glorie de ser discípulo suyo. Pero ¿podemos decir con verdad que le amamos? Bien sabes tú quién es: pero ¿le tratas con el respeto que merece? Y cuando eres tú tan delicado, tan zeloso de que te traten con la atencion que se te debe, ¿con qué devocion, con qué modestia, con qué veneracion te pones en su presencia? Examina aqui el fervor y la puntualidad con que

cumples con las obligaciones de cristiano, y examina tambien la compostura y el respeto con que te presentas en la iglesia. Es el Evangelio la palabra de Jesucristo; ¿qué veneracion profesas, qué estimacion haces de esta divina palabra? No ignoras los preceptos ni las máximas de Jesucristo; ¿qué caso haces de aquellos y de estas? Consulta tus sentimientos y tu porte. Hay á la verdad muchos cristianos; pero ¿hay muchos verdaderos fieles? Mira bien si estás comprendido en el número de aquellos de quienes dice san Pablo en su epístola á Tito (1): *confitentur se nosse Deum, factis autem negant*: con las palabras confiesan que conocen á Dios, pero con las obras lo niegan. No te olvides de lo que añade el mismo Apóstol: *Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt; sed obscuratum est insipiens cor eorum: dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt.* ¿Qué excusa tendrán los que, conociendo á Dios, no le glorificaron como á Dios? Cególos su misma insensatez, y los que se tenian por sabios y por prudentes se calificaron de necios.

2. Di valerosa y animosamente con san Pablo: *Non erubescio evangelium* (2): No me avergüenzo de hacer lo que manda el Evangelio. Y asi nadie se admire de que como cristiano perdone generosamente aquella injuria; de que no me deje arrebatarse de la cólera, como hacia antes; de que no asista ni á los espectáculos, ni á la comedia, ni á la ópera; de que ya no me deje ver en aquellas casas públicas del juego, ni parezca en las concurrencias profanas. Jesucristo, á quien reconozco verdaderamente por mi Dios, por mi Salvador y por mi Juez, me lo prohíbe; su Evangelio me manda abstenerme para siempre de semejantes diversiones: *Non erubescio evangelium*: No me avergüenzo de este Evangelio. Un vil

(1) Cap. 1. — (2) I. ad Rom.



S. ATANASIO

PATRIARCA DE ALEXANDRIA.

respeto humano malogra infelizmente muchas veces los mas fervorosos propósitos. Dí con valor á esas personas que te aconsejan que seas menos severo, menos rigido, y un poco mas condescendiente; á esas que te convidan á que las imites, á que las acompañes en sus peligrosas diversiones; dilas lo que decia en otro tiempo santa Blandina : *Christiana sum: nihil apud nos admittitur sceleris*: Cristiana soy, y este solo nombre, esta sola profesion me prohíbe estas diversiones profanas. Haz hoy una visita particular á Cristo en el Sacramento, para pedir perdon de lo poco que hasta aquí le has conocido y amado, para prometerle en adelante una fidelidad inalterable, para pedir su gracia, rezando á este fin la letanía de la Virgen. Acuérdate de lo que intima san Juan: Que el que dice que conoce á Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est* (1).

DIA SEGUNDO.

SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

San Atanasio, venerado en toda la Iglesia católica por una de las mas firmes columnas de la fe, por ilustre defensor de la divinidad de Jesucristo, por una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo cristiano, y en fin, por uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en Alejandria de Egipto por los años de 294. Sus padres eran muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad; y así hicieron todo lo posible para dar al niño Atanasio

(1) I. Joan 2.